

los americanos un sitio, que no por falta de arrojo y patriotismo de sus moradores, sino por distintas causas que juzgará la historia, llegó á tener un éxito muy distinto que el merecido por el patriotismo de los sitiados.

Desde esa fecha comienza el engrandecimiento de la ciudad, no por lento menos atendible. Las favorables condiciones de su ubicación fueron bien consideradas por su fundador cuando decía "estar este lugar en buen medio para el viaje y trato del Puerto de Tampico y la ciudad de Zacatecas y otras partes, y salida para las poblaciones que se hubieren de hacer en este Reyno, la tierra adentro, de donde forzoso se ha de salir y surgir y pasar por los dichos tratos" Desde aquella fecha, á la actualidad, esas favorables condiciones tan bien escogidas y previstas por Montemayor, han hecho aumentar considerablemente la importancia de Monterrey que ha llegado á ser uno de los emporios comerciales del Norte de México.

En tiempos modernísimos ha despertado la antigua ciudad á la nerviosa existencia y movimiento de las sociedades modernas, que corre cual savia vigorosa y fuerte por las venas de su organismo social. Después de la última crisis que llegó á cambiar por completo sus condiciones económicas, ha visto, con la clarividencia de sus energías nunca desmayadas, la vía de su porvenir, por donde han sido motivo poderoso para encauzarla, la dirección atinada de una inteligencia siempre anhelante y deseosa del bien procomunal, las virtudes cívicas de sus hijos manifestadas en el espíritu de empresa y en la aplicación de sus actividades al fomento de la riqueza pública, y sobre todo, la era de tranquilidad y reposo conseguida para la Nación entera, por el meritorio esfuerzo de su gobernante.

Vemos en la ciudad la fórmula más clara y definida del gobierno que se da una colectividad política. En ella gozan de realidad absoluta la idea de Estado y

y hasta la idea de patria, que más felizmente se conciben, considerándolas como una derivación necesaria de la ciudad. En ella están circunscritas, limitadas y bien expresas las obligaciones y los derechos, pues que forma la primera esfera de acción á donde se extienden las facultades sociables del individuo ejerciéndose fuera del círculo estrecho de la familia. Es en consecuencia la entidad social más concreta. En ella nace la aspiración del Gobierno por sí mismo, de ser, de existir, fuera de otra convención más ó menos natural y posible. Los que en ella nacieron, y en ella despertaron al primer destello de la razón y miran ahí como impresos los recuerdos de la edad pasada, la quieren con el amor tierno y respetuoso de un hijo, y la consideran, no con la ficción de las leyes que la declaran una persona moral, sino como á un ser verdaderamente real y positivo, con preferente lugar en sus afecciones.

Unidos, para Monterrey, en ese común sentimiento los ciudadanos, serán la salvaguardia de sus derechos,—prenda segura de las libertades de la patria,— y constituirán la más potente fuerza para aumentar el impulso dado ya en el camino del mejoramiento moral y del bienestar económico, los que son, en último resultado, los fines naturales á que tiende todo esfuerzo colectivo en la humanidad.—DIE

DISCURSO

leído en la Alameda Porfirio Diaz, la tarde del 20 de Septiembre de 1896, con ocasión del 3er. Centenario de la fundación de Monterrey.

SEÑORES:

Tarea consoladora y fortificante en la serie de fatigas que marcan la peregrinación del hombre por la

tierra es volver la vista á lo pasado, penetrar la espesa niebla de los siglos y desde las alturas del progreso actual, abarcar el origen y detalles de insignificantes elementos pequeñísimos, que desarrollándose lenta y sucesivamente se combinan de modo misterioso para producir una entidad robusta, un organismo social hermoso y fuerte. El espíritu sorprende en su análisis la ley providencial que impulsa y dirige los hechos humanos como los fenómenos cósmicos, y el hombre se engrandece y dignifica contemplando cómo, causas aisladas y dispersas, que se dirían antagónicas, se buscan atraídas por afinidad irresistible y se suman y compenetran traduciéndose en hechos históricos de significación altísima y proclamando la realidad de esa alma suprema que palpita en el corazón del átomo y se difunde como vida, belleza y armonía en la caótica profundidad del Universo.

Esa tarea vivificante venimos á realizar nosotros con motivo de la fiesta secular que nos reúne. En la última década del siglo que fenece, siglo de maravillas y prodigios, hacemos alto un instante para volver hacia atrás los ojos y sorprender en su cuna la sociedad hoy adulta en que vivimos, la ciudad natal, el primero y más fuerte lazo que nos une á la Patria bendita que veneramos y con cuya historia de luz nos envanecemos.

No temáis, señores, á la asperidad de la carrera, ni á los azares del viaje. Tenéis en mí, en verdad, un guía inexperto; pero la senda es amplia y sin peligros, como que la ilumina y embellece sol eterno de límpidos fulgores. El tiempo y el espacio no esconden ya ni endriagos ni fantasmas; al pasado y al porvenir puede el pensamiento lanzarse seguro, pues el camino ha sido cuidadosamente apropiado por la mágica vara del progreso.

Corría la última década del Siglo XVI. La heroica epopeya del Anáhuac que debió tener épodo digno

en el glorioso martirio de Cuauhtemotzin, no había mandado, trasponiendo los montes, su eco desgarrador á nuestros valles. En este apartado rincón de los dominios cedidos por la munificencia de un papa á la corona de Castilla, no se había escuchado el estruendo ciclópeo que hiciera al derrumbarse el imperio colosal de Acamapítzin, y apenas si por relato de algún fugitivo, que debió parecer fantástico, se tenían vagas nociones de las cruentas hazañas de Urdiñola. Pequeñas tribus ignaras y vagabundas erraban por los bosques, apurando descuidadas los dones de una naturaleza pródiga que imaginaban suya; acaso en la poética noche de nuestras latitudes, aspirando perfumes embriagantes bajo el celeste dombo constelado de soles, soñaban con piadosa fruición en el eterno dominio y la grandeza nacabable de sus dioses. Un día, los cóncavos de la sierra resonaron repitiendo inusitados sonos, voces extrañas, infernales ruidos, y poco después las tribus espantadas, huían ante una legión de centáuros que descendía del Sur como avalancha con imponente fragoroso estrépito. Era la conquista anunciada por los agoreros aztecas, ante la cual se desvanecía el valor salvaje; porque la victoria era imposible contra lo sobrenatural, según los mitos también salvajes que constituían las religiones hoy muertas.

D. Luis de Carvajal, salido de Tampico con una expedición española, hizo alto en nuestro valle y en el nombre de Dios y con la autoridad del rey Felipe, tomó posesión de la tierra y alzando con aparantosa ostentación el pendón real, declaró fundado un reino nuevo, el de León, reino sin fronteras, sin ciudades y sin vasallos, pero en cuyo territorio venía á continuar aquel inmenso territorio ibero perpetuamente bañado por la luz del sol. En derredor de la tienda de Carvajal, jefe la expedición y Capitán General del nuevo reino, armaron sus tiendas los expedicionarios; un franciscano humilde fijó en tierra una cruz y quedó

constituido un pueblo núcleo de las futuras conquistas.

No dicen nuestros anales como se condujo entre nosotros la obra de la pacificación; ni cuentos ni leyendas populares recuerdan esas sangrientas hecatombes, esas atrocidades inauditas con que por lo común marcaron su paso los conquistadores. Parece al contrario que Carvajal era hombre justo y bueno y que sus secuaces más que guerreros eran campesinos trabajadores, gente ruda pero inclinada al bien por costumbre y pudiera decirse por oficio. Desgraciadamente la Inquisición no permitió á Carvajal organizarse ni afirmar su gobierno; bajo acusación verdadera ó falsa de enemigos poderosos, le instruyó proceso, le despojó de sus dominios y mató al nacer el progreso de la colonia que fundara. Dispersáronse los indígenas, y los blancos sin protección y sin jefe quedaron como náufragos que luchan por salvarse en las tormentosas regiones del Océano. Sin embargo, el Nuevo Reino de León siguió existiendo, pues algunos años después del trágico fin del descubridor, vemos aparecer un Teniente de Gobernador, que asume la misión de repoblar y reorganizar el desdichado reino. Fué éste D. Diego de Montemayor, que en 20 de Septiembre de 1596, hace precisamente tres siglos, sin medir la mezquindad de sus recursos, sin preocuparse de la perpetuidad de sus intentos, declaró solemnemente en nombre de Dios y con autorización de la Magestad reinante que el miserable pueblo donde Carvajal alzara su tienda, pueblo llamado hasta entonces de León ó de Santa Lucía, tomaba el nombre de Nuestra Señora de Monterrey, con el rango, privilegios y prerrogativas de Ciudad Metropolitana.

De ese acontecimiento histórico data nuestra vida política. Desde entonces la entidad colectiva, el organismo social tiene una existencia definida y propia. Y desde entonces, ¡cuántas vicisitudes no registra la Ciu-

dad en sus anales! ¡Cuántas páginas de luz y cuantos capítulos de gloria sangrienta no han ido acumulándose para formar la historia de ese girón de tierra que abriga nuestros hogares y que amamos con predilección indecible con ese amor exclusivo que hace al árabe errabundo desdeñar los campos de verdura por la tórrida soledad de sus desiertos!

Si al agitar las alas del espíritu sintiese el vigor de juveniles años; si el pensamiento pudiese aun reducir á imágenes brillantes, ricas por el color y la belleza, las épicas etapas de nuestra particular historia, con cuanto placer, con que religiosa fruición recordaría el ambicioso anhelo de nuestros antecesores que les llevó á proclamar ántes que en la capital del vireynato la soñada independencia; la resistencia desgraciada pero heroica de nuestros nacionales de 46 que regaron con ríos de sangre los muros de su ciudad nativa; los altos hechos de nuestros móviles en los días de la Constitución y la reforma y en la época pavorosa y sombría de la intervención y del imperio, y en una palabra, el esfuerzo constante, abnegado y espontáneo de nuestra sociedad toda por la autonomía, por la libertad, por el honor inmarcesible y la inviolable integridad de nuestra Patria. Por desgracia no hay en mi voz las épicas entonaciones con que los altos hechos se proclaman, ni es dable á mi pensamiento compendiar en breves líneas la historia de tres siglos; habré pues de renunciar á esa gratísima tarea ciñéndome á más fácil y más humilde trabajo, cual es el de buscar el origen de nuestro modo de ser normal, trabajo que no juzgo inútil, porque es nuestra vida normal la más fecunda en saludables enseñanzas.

Dije antes que no se hallaban en la historia de Monterrey, rastros de una conquista llevada á sangre y fuego. Debo añadir ahora que tampoco se tienen noticias de que aquí surgiesen y mediasen esas rivalidades de mando engendradoras de disturbios y motines,

ni esas divisiones funestas en que se arman hermano contra hermano para ofrecer ruinas y sangre al airado númen de las intestinas contiendas. Parece al contrario que los primitivos pobladores cambiaron pronto la espada por la reja; el hierro que mata por el hierro que fecunda y se dedicaron tranquilamente, aunando sus esfuerzos á la producción de la riqueza. Parece así mismo que otro de los elementos sociales de mayor importancia, el elemento religioso, estuvo representado en los primeros tiempos por frailes humildes, predicadores más que con la voz con el ejemplo, obreros de la paz, el amor y la concordia que difundían su escasa ilustración sin sembrar el terror en las conciencias. Las venganzas celestes exterminadoras, los autos de fé, las sombrías escenas del fanatismo, no han dejado memoria entre nosotros, y si al contemplar los orígenes de nuestra sociedad no encontrásemos la aborrecible institución de las *congregas*, menos cruel aquí que en otras partes, podríamos decir que el organismo aquí fundado, estaba limpio de manchas y de afrentas. Bueno debió ser sin embargo, pues que paso á paso y á medida que el germen de educación se desarrollaba, la entidad fué acentuando sus tendencias al tipo industrial que tanto hoy se preconiza y que con mas ó menos intermitencias se ha esforzado por mantener y conservar. En las distintas fases de la lucha por la vida, la devoción colectiva á ese ideal aparece claramente significada, y ella nos explica por que el poder público ha asumido entre nosotros cierto carácter patriarcal, lo mismo en los dias serenos de la paz, que en las tormentas de la demagogía y en los terrores de la tiranía; por que el trabajo ha sido mirado siempre como un premio de la especie y no como un castigo; y por que se han mantenido en filosófica separación las necesidades lógicas del pensamiento en la ciencia y en la política y las exigencias del sentimiento en la religión.

Correspondiendo á tál origen, nuestra Ciudad, á la cabeza de los pueblos de la región, segun su derecho y su deber de metropolitana, ha marchado siempre de progreso en progreso, elaborando trabajosa pero constantemente su bienestar moral y material; abriendo sus puertas á todo elemento sano para asimilárselo y condenando con severa rigidez toda tendencia á la disolución, ya por desequilibrio de las fuerzas sociales, ya por la exaltación de una de ellas con detrimento de las demás.

Y ya lo veis, en el límite de lo posible la educación de las masas se ha hecho y su ilustración está bien adelantada; la riqueza social en escala más ó menos importante se encuentra asegurada y la organización de las relaciones entre el derecho privado y el derecho público, entre el Estado y el pueblo, existe dentro de los límites de la razón y de la ley.

Como respecto del carácter principal de nuestra fisonomía sociológica, ha sucedido con los restantes. Hijos de hombres humildes y hombres buenos los de los primeros conquistadores, se confundieron en la muchedumbre conquistada dando vida á una raza nueva, uniforme, compacta, que sintió desde luego su unidad. No hubo privilegios de sangre, no hubo aristocracias por derecho propio que retardasen la evolución y así cuando se proclamó la abolición de la esclavitud en 1814 ya no había esclavos entre nosotros; cuando se elevaron á principios políticos los dogmas de la libertad y la igualdad, tales principios vinieron sólo á legitimar el estado nuestro de práctica libertad, fundado y sostenido por ciudadanos civil y socialmente iguales.

No necesito decir que la dedicación constante del pueblo al trabajo, su disciplina y sus hábitos de paz interior no han amenguado el valor, ni relajado el concepto de la dignidad en nuestros conciudadanos. La historia y la observación propia nos dicen lo contrario.

Acaso el espíritu aventurero y caballeresco, ya débil en nuestros progenitores, dejó pocas huellas en la sociedad que fundaron; pero esa dignidad que repele toda mancha; esa altivez que sólo dobllega la frente cuando le falta vida; ese valor sereno que sin buscar el peligro lo afronta y lo desprecia, son cualidades que nunca han faltado á nuestro pueblo. La historia os dirá como nunca este pueblo escondido entre sierras ha negado su sangre al grito de la Patria, como nunca ha dejado impune la afrenta que un extraño le infiriera y como nunca ha tenido sonrisas ni flores para el enemigo triunfante. Ella os dirá que al llamamiento del honor nuestro pueblo ha corrido el primero y que ha apurado gozoso todos los martirios por ver ondear orgulloso y sin mancilla el estandarte bendito que simboliza nuestras libertades.

Acaso pensaréis que me extravía el espíritu de localismo estrecho y egoísta y que los frutos que atribuyo á los primeros factores de nuestro sér social, se deben tan solo á la acción del tiempo, siempre poderosa. Después de tres siglos, me diréis, la realización de bienes tan comunes está muy lejos de parecer prodigio. Es verdad: pero mis reflexiones no nacen de entusiasmo sino de convicciones; admiro sí, pero antes analizo. Yo sé que nuestro progreso moral y material con ser grande, no está en proporción con la edad, de un modo absoluto. ¿Pero sabéis que era Monterrey en 1596? Era un pueblo de escasísimo vecindario y cuya pobreza puede figurarse mirando la cuenta de propios ordenada por D. Martín de Zavala, según la cual el Ayuntamiento de Monterrey solo contaba para sus atenciones con *noventa pesos anuales*, presupuesto inferior á la raya de la hacienda más insignificante. Dos siglos despues en 1775 según informe del Gobernador Lorca y Villena, la Ciudad destruida por un diluvio sólo contaba con 258 vecinos y más tarde aun en 1788, según el Gobernador Vahamonde, el Municipio conta-

ba con 685 pobladores y tenía una dotación anual de *ciento cincuenta pesos*. ¿Puede decirse avanzada la Ciudad que en poco más de un siglo ha aumentado cien veces su población y mil veces sus recursos? Yo creo que desde tal punto de vista es de admirar el progreso realizado y más y más si se compara el estado de entonces reducido á vivir de los productos del suelo, con el estado actual en que viven y medran y florecen todas las industrias.

Yo atribuyo ese progreso al pueblo mismo, á su idiosincrasia fisiológica y moral, porque en el mismo lapso de tiempo en el corazón de nuestro país, surgieron ciudades espléndidamente dotadas, que en breves años cobraron importancia y florecieron y no queda ya de sus grandezas sino la memoria, porque en esas ciudades se agitaba la discordia con ocasión de las castas, porque el fanatismo sentó en ellas sus reales entenebreciendo las conciencias, ó porque aristocracias bastardas quisieron acaparar para ellas solas toda la suma de bien que de la vida social se derivara.

Por eso aquí donde no abundan los potentados, pero los indigentes no existen estando proporcionalmente repartidas las fuentes naturales de riqueza; aquí donde no existen almenadas torres ni góticos castillos, sino ingenios, talleres y fábricas; aquí donde no hay otra aristocracia que la de la virtud, hallo un progreso y progreso sólido, que me fuerza á mirar con gratitud aquel puñado de hombres rudos pero sanos del cuerpo y del espíritu que fundaron una sociedad no sólo viable sino que perdura y crece y hace confiar en un mañana esplendente.

No quiero significar con lo que antecede que hayamos tocado la meta, llegado al fin de la aspiración social, ni que podamos siquiera colocar nuestra Ciudad modesta en la fila en que se ostentan las que llama la historia grandes ciudades; pero existe acentuado y fuerte el movimiento de avance y no hay motivo

para temer un retroceso. El mecanismo del Estado funciona regular y vigorosamente, dejando á la actividad individual desarrollarse libre. La educación bajo su triple aspecto de arte, de ciencia y de virtud, hace cada día nuevos progresos. El bienestar material se difunde y generaliza, significándose por grandes empresas productoras, que multiplican las aplicaciones del esfuerzo humano. El vapor y la electricidad ayudan al movimiento que se afectúa en todas las esferas. ¿Por qué, pues, el pueblo que hace tres siglos era menos numeroso que una de sus escuelas de ahora, no ha de llegar en su día al apogeo de poder y de gloria que afrecen su carácter y sus antecedentes?

Sí señores, tengamos fe ya que ella se apoya en datos históricos irrecusables, tengamos fe en que nuestra ciudad natal, ayer desgarrada por la guerra, exangüe, impotente y ahora curada de sus antiguos dolores, sabrá mantener con firmeza su nombre y no desmentirá su historia. Confíemos en que sus habitantes, unidos siempre en el santo amor al suelo natal, trabajarán constantes en su progreso hasta conseguirle un rango entre los pueblos más cultos, más morales y más ilustrados de la tierra americana, de esta clásica tierra de la libertad, donde el pensamiento no tiene barreras, donde la naturaleza misma, grandiosa é imponente, siembra en nuestros corazones la irresistible tendencia á lo infinito.

ENRIQUE GOROSTIETA.



ALOCUCION

con que el Gobernador del Estado, cerró la solemne ceremonia de la celebración del 3er. Centenario de la fundación de la Ciudad de Monterrey

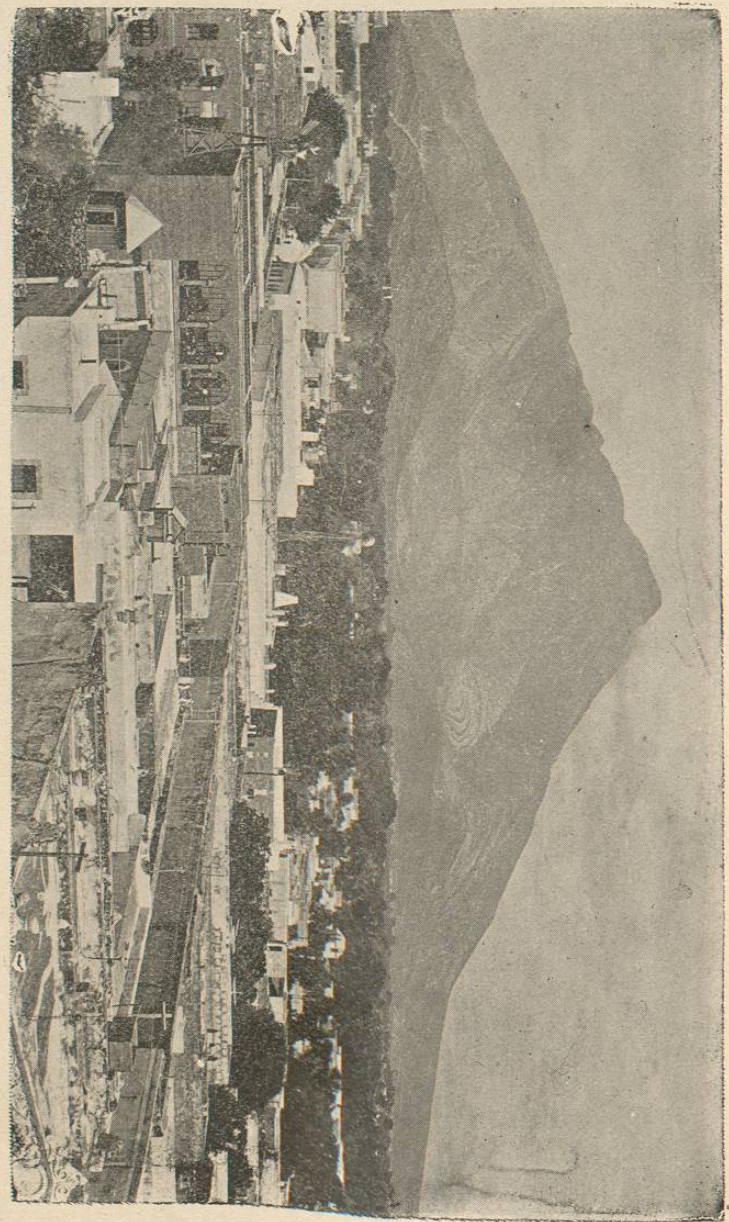
HIJOS DE MONTERREY

Hoy hace trescientos años que 34 familias españolas, en esta tierra que nos sustenta, santificada por el trabajo, y por el trabajo de la barbarie redimida, fundaron la Ciudad de Monterrey: un siglo después con dificultad la Ciudad se organizaba, pues sus pobladores no sumaban tres centenares; pasa otro siglo más y la estadística nos dice que los habitantes de la población sólo eran 685 y sus egresos de un año 150 pesos.

Y en ese gran período de doscientos años, cuánta lucha cruentísima contra tribus guerreras de salvajes, y cuántos ignorados sacrificios para conseguir apenas la radicación en estos entonces remotísimos lugares de la América! Pero llega la última centuria en la cual se declaró y consumó la Independencia de México, y el crecimiento de la Capital de Nuevo-León se hace visiblemente sensible, no obstante que en esa época dramática, el país ha sido ensangrentado por guerras extranjeras é intestinas en que se ha combatido por la nacional autonomía y por la libertad humana, pues hoy día nuestro censo dá á esta Ciudad 56,674 habitantes, y sus rentas actuales son de 330,000 pesos por año.

En la última década es cuando el desarrollo ha sido mayor, pues durante ella, ese número de habitantes subió en 15,192 y sus ingresos anuales en 250,000 pesos.

Aquellos bosques bravíos donde terminó para to-



Lado Oeste de la ciudad, Cerro de las Mitras.